



Gótico botánico

Cuentos de un verdor perverso



Edición y prólogo a cargo de

Patricia Esteban Erlés



IMPEDIMENTA



EL EXPERIMENTO
DEL DOCTOR HEIDEGGER
NATHANIEL HAWTHORNE



• 1837 •

TRADUCIDO POR
Marcelo Cohen

NATHANIEL HAWTHORNE

· 1804-1864 ·

ELOGIADO POR SU CONTEMPORÁNEO EDGAR ALLAN POE, Nathaniel Hawthorne fue, además del autor de *La letra escarlata*, un notable cuentista que abordó en varias piezas de su narrativa breve el conflicto surgido cuando la ambición humana trata de dominar el mundo a través de la experimentación científica, sin reparar en límites morales.

Nacido en el enigmático Salem y descendiente de puritanos ingleses, desde luego no heredó de ellos la visión de la naturaleza como un feudo que debía doblegarse ante el hombre. Hawthorne muestra más bien una afinidad ideológica con la visión de los escritores trascendentalistas Emerson y Thoreau, al concebirla como algo libre y orgánico por un designio divino incuestionable. De ello se deduce que la insensata decisión de alterar o manipular sus elementos en beneficio propio acarrea un estrepitoso fracaso a todo aquel que se atreva a hacerlo.

En una línea similar a la transitada décadas atrás por Mary Shelley en su *Frankenstein*, Hawthorne sitúa a varios de los personajes masculinos de sus relatos, todos ellos eruditos respetados, ante la tentadora oportunidad de apoderarse de los misterios de

la vida, la muerte y el paso del tiempo gracias a su conocimiento del mundo natural. Así sucede en la historia del siniestro botánico Rappaccini, uno de sus cuentos más célebres, pero también en «La marca de nacimiento» y en «El experimento del doctor Heidegger», que fue publicado por primera vez en la antología de relatos *Twice-Told Tales* (1837).

Los tres guardan un innegable aire de familia en su atracción por el mundo vegetal y la relación metonímica que se establece con lo femenino, aunque «El experimento del doctor Heidegger» se distancia del tono terrible de los otros dos gracias al jocoso narrador que traslada los hechos acaecidos en el gabinete del respetado galeno. Heidegger aparece como un sabio a medio camino entre el alquimista y el científico, y se menciona casi de pasada que fue el causante de la muerte de su joven prometida. Cincuenta años después de esa desgracia, en medio de una reunión en su casa con otros ancianos amigos, emplea una rosa marchita, símbolo clásico de la belleza efímera, para mostrarles los maravillosos efectos de un legendario elixir al que ha tenido acceso. Ante la atenta mirada de su anfitrión, el achacoso cuarteto vivirá una comprensible euforia, la mágica sensación de que vuelven a habitar los cuerpos saludables y llenos de energía de antaño.

EL EXPERIMENTO DEL DOCTOR HEIDEGGER



Una vez, el doctor Heidegger, ese hombre singularísimo, invitó a cuatro amigos a reunirse con él en su estudio. Había tres caballeros de barba blanca, el señor Medbourne, el coronel Killigrew y el señor Gascoigne, y una mujer marchita que respondía por Viuda Wycherly. Todas eran criaturas melancólicas de edad, con vidas desafortunadas, cuya mayor desgracia radicaba en no haberse mudado hacía tiempo a la tumba. En sus años de vigor, el señor Medbourne había sido un comerciante próspero, pero una especulación frenética lo había llevado a perder todo y ahora no estaba mejor que un mendigo. El coronel Killigrew había desperdiciado sus mejores años, su salud y su sustancia persiguiendo placeres pecaminosos que habían dado a luz una prole de males como la gota y varios tormentos del alma y el cuerpo. El señor Gascoigne era un político arruinado y hombre de mala fama, o al menos lo había sido hasta que el tiempo, enterrándolo a los ojos de la generación presente, había transformado su fama en oscuridad. En cuanto a la Viuda Wycherly, la tradición nos cuenta que en su tiempo había sido una beldad; pero hacía ya largos años que vivía en reclusión profunda a causa de ciertos

escándalos que habían despertado prejuicios en la aristocracia de la ciudad. Es digna de mencionarse la circunstancia de que, antaño, los tres caballeros habían amado a la Viuda, y habían estado en su momento al borde de degollarse entre ellos por su causa. Por último, antes de proseguir, me limitaré a señalar que en ocasiones se consideraba al doctor Heidegger y a sus visitantes un poquito fuera de sus cabales; como no pocas veces sucede con los ancianos cuando los aquejan angustias presentes o recuerdos penosos.

—Viejos y queridos amigos —dijo el doctor Heidegger indicándoles que se sentaran—, deseo pedirlos ayuda en uno de los pequeños experimentos con que me entretengo aquí en mi estudio.

Si las historias que se cuentan fueran ciertas, el estudio del doctor Heidegger debía de ser un lugar bien curioso. Era una estancia con poca luz, anticuada, festoneada de telarañas y polvorienta. Cubrían las paredes varias bibliotecas de roble; hileras de gigantescos volúmenes en folio ocupaban los estantes inferiores y pequeños duodécimos encuadernados en pergamino atestaban los más altos. En la biblioteca central había un busto de bronce de Hipócrates con el cual, según algunas autoridades, el doctor Heidegger acostumbraba mantener consultas sobre los casos difíciles de su práctica. En el rincón más oscuro se alzaba un armario de roble estrecho y alto, por cuya puerta entreabierta aparecía sospechosamente un esqueleto. Entre dos de las estanterías colgaba un espejo que presentaba una superficie elevada y sucia dentro de un deslustro marco dorado. Una de las muchas fábulas maravillosas que se contaban de aquel espejo era que en él moraban los espíritus de los pacientes muertos del doctor, que le clavaban los ojos en cuanto se volvía hacia allí. La pared opuesta estaba adornada con el retrato de cuerpo entero de una joven, ataviada con una deslucida magnificencia de seda, satén y brocado, y de rostro tan apagado como el vestido. Más de medio siglo antes, el doctor Heidegger había estado a punto de casarse con aquella joven; pero, afectada de un desorden leve, había ingerido uno de los preparados de su novio y había muerto el día de la boda. Queda por mencionar la

curiosidad más llamativa del estudio: un macizo volumen en folio, encuadernado en cuero negro, con grandes broches de plata. El lomo no estaba escrito y nadie sabría decir cómo se titulaba el libro. Pero era bien conocido que se trataba de un libro de magia, y una vez, al alzarlo la criada solo para quitarle el polvo, el esqueleto del armario había traqueteado, el retrato de la joven había adelantado un pie y varias figuras espectrales habían espiado desde el espejo, mientras Hipócrates, frunciendo el ceño de bronce, decía: «¡Abstente!».

Tal era el estudio del doctor Heidegger. La tarde de verano de nuestra historia, ocupaba el centro una mesita redonda, negra como el ébano, con un jarrón de cristal biselado de bella forma y artesanía compleja. Sobre este jarrón daba directamente el sol, luego de entrar por la ventana y pasar entre los festones de dos gastadas cortinas de damasco, de modo que un débil resplandor se reflejaba en los cenicientos rostros de los cinco ancianos sentados a su alrededor. Sobre la mesa había también cuatro copas de champán.

—Viejos y queridos amigos —repitió el doctor Heidegger—, ¿puedo confiar en que me ayudéis a llevar a cabo un experimento extraordinariamente curioso?

Digamos que el doctor Heidegger era un hombre muy raro, cuya excentricidad había dado pábulo a mil historias fantásticas. El origen de algunas de ellas, para mi vergüenza, podrían remontarse a mi propia y veraz persona; y, si algún pasaje de este relato sobresalta la fe del lector, soportaré de buena gana el estigma de cuentista.

Al oírlo hablar del experimento, ninguno de los cuatro huéspedes del doctor previó algo más allá del asesinato de un ratón en una bomba de vacío, el examen de una tela de araña al microscopio o alguna otra de las fruslerías que tenía por costumbre infligir a sus íntimos. Sin esperar respuesta, en cambio, el doctor Heidegger cruzó la estancia cojeando y volvió a la mesa con el pesado volumen en cuero negro que según la opinión más extendida

era un libro de magia. Abrió los broches de plata, luego el volumen, y de entre las páginas sacó una rosa, o lo que había sido una rosa, porque las hojas verdes y los pétalos rojos habían cobrado un matiz marrón y entre las manos del doctor parecían a punto de deshacerse en polvo.

—Esta rosa —suspiró el doctor Heidegger—, esta flor mustia y friable, se abrió hace cincuenta y cinco años. Me la dio Sylvia Ward, cuyo retrato cuelga allí; y yo pensaba llevarla en el pecho en nuestra boda. Cincuenta y cinco años fue atesorada entre las páginas de este antiguo volumen. Pues bien, ¿creéis posible que esta rosa de medio siglo vuelva a vivir?

—Tonterías —dijo la Viuda Wycherly sacudiendo malhumoradamente la cabeza—. Lo mismo daría preguntarnos si puede rejuvenecer la cara de una vieja arrugada.

—¡Ved! —respondió el doctor Heidegger.

Destapó el jarrón y echó la rosa marchita en el agua que contenía. Al principio se mantuvo leve en la superficie, sin dar la impresión de que la rosa absorbiera humedad. Pero pronto se hizo visible un cambio singular. Los pétalos aplastados y secos se agitaron y fueron cobrando un matiz carmesí, como si despertasen de un letargo; el flaco tallo y las hojas reverdecieron; y al fin, la rosa de medio siglo ganó la frescura que había tenido cuando Sylvia Ward se la dio a su prometido. Era como si acabara de abrirse, porque algunos de los rojos pétalos se curvaban púdicamente alrededor del seno húmedo, dentro del cual brillaban dos o tres gotas de rocío.

—Un bonito truco, sin duda —dijeron los amigos del doctor; tibiamente, con todo, pues en espectáculos de magia habían presenciado milagros mayores—. Di, ¿cómo lo has hecho?

—¿Alguna vez habéis oído hablar de la Fuente de la Juventud —dijo el doctor Heidegger— que el aventurero español Ponce de León buscaba hace dos o tres siglos?

—Pero nunca la encontró, ¿verdad? —dijo la Viuda Wycherly.

—No —respondió el doctor Heidegger—, porque no la buscó en el lugar correcto. Si no estoy mal informado, la famosa Fuente

de la Juventud se encuentra en el sur de la península de Florida, no lejos del lago Macaco. Está a la sombra de varias magnolias gigantes que, gracias a las virtudes de esa agua maravillosa, se han mantenido frescas como violetas a lo largo de innumerables siglos. Un conocido mío, que sabe de mi curiosidad por estas cuestiones, me ha enviado lo que veis en el jarrón.

—¡Ejem! —dijo el coronel Killigrew, que no se creía una palabra de la historia—. ¿Y qué efecto tendría el fluido en el cuerpo humano?

—Lo juzgarás por ti mismo, querido coronel —replicó el doctor Heidegger—. Y, respetados amigos, estáis todos invitados a tomar la cantidad necesaria para restaurar el esplendor de vuestra juventud. Por mi parte, con el trabajo que me ha dado envejecer, no tengo prisa por volver a ser joven. Por eso, con vuestro permiso, me limitaré a observar cómo se desarrolla el experimento.

Sin dejar de hablar, el doctor Heidegger había ido llenando las cuatro copas de champán con agua de la Fuente de la Juventud. Al parecer estaba impregnada de un gas, pues del fondo de las copas subían continuas burbujitas que estallaban en la superficie en rocío plateado. Como el licor difundía un perfume agradable, los ancianos no dudaron de que tuviera propiedades cordiales y estimulantes y, aunque escépticos respecto a su poder rejuvenecedor, se inclinaron a beberlo enseguida. Pero el doctor Heidegger les rogó que esperasen un momento.

—Antes de beber, respetables amigos —dijo—, sería bueno que, guiados por la experiencia de una vida, antes de pasar otra vez por los peligros de la juventud adoptarais algunas reglas generales. ¡Pensad si no sería una vergüenza y un pecado que, con esa ventaja peculiar, no fuerais ejemplos de virtud y sabiduría para todos los jóvenes de vuestra época!

Los cuatro venerables amigos no respondieron, salvo con una risa débil y trémula; tan ridícula les resultaba la idea de que, sabiendo cuán de cerca sigue el arrepentimiento los pasos del error, pudieran volver a descarriarse.

—Entonces bebed —dijo el doctor con una reverencia—. Qué alegría haber elegido tan bien a los sujetos de mi experimento.

Manos paralíticas llevaron las copas a los labios. Si de verdad poseía las virtudes que le imputaba el doctor Heidegger, el licor no habría podido ofrecerse a cuatro criaturas más dolorosamente necesitadas. Parecía como si nunca hubiesen conocido la juventud o el placer; como si hubiesen nacido de una naturaleza chocha: criaturas siempre grises, decrepitas, sin savia, que se encorvaban ahora alrededor de la mesa, sin vida siquiera en el alma y el cuerpo para que la perspectiva de volver a ser jóvenes las animara. Bebieron el agua y dejaron las copas.

Por cierto que en el aspecto del grupo hubo una mejora casi inmediata, no muy diferente de la que habría producido la suma de una copa de vino generoso y el impacto alegre de un rayo de sol. En vez del color ceniciento y cadavérico, había en las mejillas una efusión saludable. Se miraron entre sí e imaginaron que, realmente, cierta potencia mágica había empezado a borrar las tristes inscripciones que, desde hacía tanto, el Padre Tiempo les venía grabando en las caras. Sintióndose casi una mujer otra vez, la Viuda Wycherly se arregló el sombrero.

—¡Danos más de esta agua fabulosa! —clamaron ansiosos—. Somos más jóvenes..., ¡pero todavía demasiado viejos! ¡Aprisa! ¡Danos más!

—¡Paciencia, paciencia! —dijo el doctor Heidegger, que observaba el experimento con desapego filosófico—. Lleváis mucho tiempo envejeciendo. ¡Bien podéis conformaros con rejuvenecer en media hora! Pero el agua está a vuestra disposición.

Volvió a llenar las copas con el licor de la juventud, del cual quedaba bastante para devolver a la mitad de los valetudinarios de la ciudad a la edad de sus nietos. Mientras las burbujas aún chispeaban en los bordes, los cuatro invitados arrebataron las copas de la mesa y se bebieron los respectivos contenidos de un solo trago. ¡Que no fuera un engaño! Con solo pasar por la garganta, el trago parecía obrar un cambio en todo el sistema. Se les despejaron y

abrillantaron los ojos; un color oscuro se acentuó entre los mechones plateados; sentados alrededor de la mesa había tres hombres de mediana edad y una mujer que apenas había dejado atrás su apogeo.

—Querida viuda, ¡estás hecha un encanto! —exclamó el coronel Killigrew, que no dejaba de mirar cómo las sombras de la edad le huían de la cara como la oscuridad del amanecer.

La bella viuda sabía desde hacía largo tiempo que no siempre los cumplidos del coronel Killigrew obedecían a una lucidez veraz; de modo que se levantó y corrió hasta el espejo, temiendo encontrarse aún con un rostro de anciana. Mientras, la conducta de los tres caballeros probaba que el agua de la Fuente de la Juventud tenía ciertas propiedades intoxicantes; a menos que el entusiasmo fuera un leve mareo causado por la súbita desaparición del peso de los años. La mente del señor Gascoigne divagaba por temas políticos, aunque era difícil determinar si pasados, presentes o futuros, porque durante aquellos cincuenta años habían estado en boga las mismas ideas. Ora disparaba sentencias a voz en cuello sobre el patriotismo, la gloria nacional y los derechos del pueblo; ora murmuraba alguna cuestión peligrosa en un susurro sesgado y dudoso, con tal cautela que ni su propia conciencia lograba hacerse con el secreto; ora volvía a hablar en términos mesurados y con gran deferencia, como si dirigiera sus bien contruidos fraseos al oído de un rey. En todo este tiempo, el coronel Killigrew no había parado de entonar una jovial canción de borracho, ni de hacer sonar la copa en polifonía con el estribillo, volviendo una y otra vez los ojos a la dotada silueta de la Viuda Wycherly. Al otro lado de la mesa, el señor Medbourne se abocaba a un cálculo de dólares y centavos en el que, extrañamente, intervenía el proyecto de proveer de hielo a las Indias Orientales mediante témpanos polares tirados por ballenas.

En cuanto a la Viuda Wycherly, de pie frente al espejo cortejaba su propia imagen, le sonreía como una tonta y la saludaba como a la amiga más querida del mundo. Acercaba la cara al cristal para comprobar que alguna arruga o pata de gallo muy recordada

hubiese desaparecido de verdad. Examinaba si la nieve del pelo se le había derretido por completo y si podía quitarse el venerable sombrero sin peligro. Por último, apartándose con brío, volvió a la mesa con paso danzarín.

—Mi querido doctor —exclamó—, ¡concédame otra copa, por favor!

—Desde luego, querida señora, ¡desde luego! —respondió el complaciente doctor Heidegger—. ¡Mira! Si ya las he llenado todas.

De hecho había allí cuatro copas rebosantes de agua maravillosa cuya delicada efervescencia, que burbujeaba en la superficie, recordaba un trémulo destello de diamantes. Con la inminencia del crepúsculo, la habitación estaba ahora más oscura que nunca, pero cada copa irradiaba un fulgor de luna, y lo mismo los cuatro invitados. También la venerable figura del doctor, que ocupaba un sillón de roble, de alto respaldo y complejo labrado, con un aspecto digno que habría sentado bien al Padre Tiempo, cuyo poder nadie, salvo aquel grupo de afortunados, había puesto nunca en entredicho. La expresión del misterioso rostro del doctor era tal que, mientras bebían el tercer trago de la Fuente de la Juventud, los otros no dejaron de mirarlo con temor.

Pero al momento siguiente se les disparó por las venas el borbotón excitante de la vida joven. Estaban en el feliz apogeo de la vida. Si recordaban la vejez, con su recua miserable de preocupaciones, penas y enfermedades, era solo como un sueño inquietante del que acababan de despertar con júbilo. La pátina fresca del alma, perdida tan pronto, sin la cual las sucesivas escenas del mundo solo habían sido una galería de cuadros opacos, volvía a aureolar de encanto todos sus proyectos. Se sentían como seres recién creados en un universo nuevo.

—¡Somos jóvenes! ¡Somos jóvenes! —gritaban, exultantes.

Como la edad extrema, la juventud había borrado las marcas características de la vida adulta y las había asimilado todas. Eran un grupo de jovencuelos alegres, casi enloquecidos por la exuberancia parrandera de sus años. El aspecto más particular de

su alegría era un impulso de burlarse de las dolencias y la decrepitud de las que habían sido víctimas hasta hacía muy poco. Se reían estruendosamente de sus ropas anticuadas, de las levitas de faldones anchos y los chalecos con solapa de los varones y del viejo sombrero y el vestido de la muchacha en sazón. Uno cojeaba por la sala como un abuelo gotoso; otro se había montado unas gafas en la nariz y fingía escrutar las páginas del libro de magia; el tercero, sentado en un sillón, pugnaba por imitar la venerable gravedad del doctor Heidegger. Luego echaron todos a gritar de júbilo y se pusieron a saltar por la habitación. La Viuda Wycherly —si cabía llamar viuda a una damisela tan fresca— se subió al sillón del doctor con una traviesa expresión divertida en la cara sonrosada.

—Anda, doctor, almita vieja —exclamó—. ¡Levántate a bailar conmigo! —Y a los cuatro se les redobló la risa al pensar en la extraña imagen que daría el pobre anciano.

—Te ruego que me disculpes —respondió el doctor en voz baja—. Soy viejo, tengo reuma y para mí los días de bailar hace mucho que han pasado. Pero cualquiera de estos jóvenes se alegrará de tener una compañera tan guapa.

—¡Baila conmigo, Clara! —la invitó el coronel Killigrew.

—¡No, no, hará pareja conmigo! —gritó el señor Gascoigne.

—¡A mí me prometió la mano hace cincuenta años! —exclamó el señor Medbourne.

Se reunieron los tres en torno a ella. Uno le aferró apasionadamente las manos, otro le rodeó la cintura con un brazo, el otro hundió la palma en los relucientes rizos que se le amontonaban bajo el sombrero. Ruborizada, jadeante, resistiéndose, regañando, toda risas, abanicando por turno cada rostro con su aliento tibio, por mucho que luchara por soltarse seguía atrapada en el triple abrazo. Era el retrato más vivaz jamás visto de la rivalidad juvenil por el premio de una belleza cautivante. Sin embargo, se dice que el espejo, por una rara ilusión debida a la oscuridad del lugar, reflejaba las viejas, declinantes figuras de los tres abuelos compitiendo ridículamente por la descarnada fealdad de una abuela achacosa.

Pero eran jóvenes; la prueba era el ardor de sus pasiones. Inflamados hasta la locura por la coquetería de la viuda —muchacha que no concedía sus favores ni los negaba—, los tres rivales empezaron a intercambiar miradas amenazantes. Sin soltar el hermoso premio, se echaron ferozmente cada uno a la garganta del otro. Con la violencia de la lucha, cayó la mesa y el jarrón se hizo añicos. Un arroyo brillante de preciosa Agua de la Juventud corrió por el suelo y mojó las alas a una mariposa que, habiendo envejecido al final del verano, había aterrizado allí para morir. El insecto aleteó ligeramente por la estancia y se posó en la nevada cabeza del doctor Heidegger.

—¡Vamos, caballeros, vamos! Calma, madame Wycherly —dijo el doctor—. Debo protestar seriamente contra este tumulto.

Quedaron los cuatro inmóviles y se echaron a temblar, pues parecía como si el patriarca Tiempo los estuviera llamando a volver de la juventud soleada al helado y sombrío valle de los años. Miraron al anciano anfitrión: sentado en el sillón labrado sostenía la rosa de medio siglo, que había rescatado de los fragmentos del jarrón. A un gesto de su mano, los cuatro alborotadores volvieron a sentarse; tanto más de buena gana porque, por jóvenes que fuesen, la violenta expansión los había cansado.

—¡La rosa de mi pobre Sylvia! —exclamó el doctor Heidegger sosteniéndola a la luz de las nubes del ocaso—. Parece que ya se agosta de nuevo.

Y así era. Bajo la mirada del grupo, la flor siguió ajándose hasta quedar tan seca y tan frágil como cuando el doctor la había arrojado al jarrón. Él sacudió las pocas gotas de rocío que aún se aferraban a los pétalos.

—La quiero tanto así como en la frescura —comentó, llevándose la marchita rosa a los labios marchitos. Mientras hablaba, la mariposa batió las alas en su cabeza cana y cayó al suelo.

Los invitados volvieron a temblar. Poco a poco se apoderaba de ellos una extraña frialdad, no sabían si de cuerpo o de espíritu. Se miraron entre sí e imaginaron que cada momento fugaz les birlaba

un encanto y dejaba un pliegue profundo donde antes no había nada. ¿Era una ilusión? ¿Se habían comprimido los cambios de toda una vida en un lapso tan breve y volvían a ser cuatro ancianos sentados con un viejo amigo, el doctor Heidegger?

—¡Tan pronto y envejecemos de nuevo! —gimieron.

Nada más cierto. La virtud del Agua de la Juventud era apenas más pasajera que la del vino. El delirio que había creado se disipaba como una efervescencia. ¡Sí: eran viejos otra vez! En un arrebato tembloroso que la mostró mujer todavía, la viuda enlazó las manos nudosas ante su cara y, ya que no podía conservar la belleza, deseó que bajaran la tapa de su ataúd.

—¡Sí, amigos, volvéis a ser viejos! —dijo el doctor Heidegger—. ¡Y el Agua de la Juventud derrochada en el suelo! Pero bueno... No lo lamentéis, porque yo no me agacharía a mojarme los labios en la fuente ni aunque brotara en mi umbral. No, ni aunque el delirio durase años en vez de momentos. ¡Esta lección me habéis enseñado!

Pero los cuatro amigos del doctor no habían aprendido la lección. Allí mismo decidieron peregrinar a Florida y beber mañana, tarde y noche de la Fuente de la Juventud.